





Newton Compton Editores

Todos los personajes y los sucesos que aparecen en este libro, a excepción de aquellos claramente de dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Cat Share*

© 2025, Angela Jariwala. Publicado gracias al acuerdo con Simon & Schuster UK  
© 2026, de la traducción por María Lobo García  
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-45-8  
DL: B 16.716-2025

Diseño de interiores:  
David Pablo

Composición:  
Aïlen Abdala | Nodicia

Impreso en febrero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Angela Jariwala

# Un gato para dos

Traducción de María Lobo García



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026

*En memoria de Angela.  
Y de Dilly, el gato que inspiró esta historia.*

# Capítulo 1

Jenni se encontraba junto al fregadero de la cocina llenando el hervidor. La mañana era tranquila y fresca, pero la luz solar inundaba el pequeño piso, anunciando la llegada de un día espléndido. Después de colocar el hervidor en la base, pulsó el interruptor y se estiró para coger una taza del estante superior. Eligió su favorita, que tenía un colorido estampado de un amarillo brillante, y se dispuso a prepararse un té.

Justo entonces, un insistente repiqueteo en la puerta trasera le hizo alzar la mirada con una sonrisa. Como de costumbre a esa hora de la mañana, Oscar, el gato de Jenni, volvía de sus andanzas nocturnas. Y, también como de costumbre, los golpes no cesaban.

Jenni soltó un suspiro.

—Oscar, usa la gatera. Siempre igual. Deja de dar golpes.

Él decidió responder con un buen cabezazo.

Jenni se acercó a la puerta, se agachó y miró al gato a través de la gatera de metacrilato.

—A ver, tú eres un gato. Esto es una gatera. No tienes ningún motivo para no querer entrar en casa por esta puerta hecha a tu medida.

Oscar le clavó la mirada, y ella puso los ojos en blanco y se incorporó.

Ambos sabían qué venía después de aquel paripé y no había motivo alguno para fingir lo contrario. Jenni quitó el pestillo, abrió la puerta trasera y dio un paso hacia atrás para dejar entrar al pequeño atigrado.

Oscar, dejando claro que no entendía por qué tenían que repetir todas las mañanas el mismo teatrillo –para el que ella, a estas alturas, ya tenía claro su papel–, se encaminó hacia la cocina ronroneando satisfecho y restregándose contra las piernas de Jenni. Ella, al bajar la vista, vio que llevaba algo en la boca, que, a juzgar por su aspecto, parecía un viejo paquete de patatas Quavers descolorido.

–Muchas gracias por traerme esto, Oscar, corazón –le dijo, agachándose para cogerlo.

Después de que Jenni lo tirase a la basura, Oscar, orgulloso de haber hecho su aportación al medioambiente, pasó a la segunda fase de su rutina mañanera. Ella, sabiendo lo que venía a continuación, se puso a prepararle el desayuno, que devoró con avidez.

A menudo se preguntaba cómo había acabado con un gato tan sibarita de mascota, pero siempre llegaba a la conclusión de que la culpa había sido solo suya porque, tal vez, había cedido demasiado a sus exigencias y no le había puesto suficientes límites.

Jenni tomó nota para darle vueltas en un futuro si algún día llegaba a ser madre, aunque, a decir verdad, en ese momento no era algo por lo que tuviera que preocuparse, teniendo en cuenta que estaba soltera y sola en la vida. Llevaba meses sin salir con nadie y no tenía intención de volver a instalarse ninguna de esas aplicaciones. Sin poder evitarlo, un escalofrío le recorrió la espalda.

Una vez listo el té, decidió sentarse fuera a tomarlo. Se acomodó en la silla de metal, un tanto inestable, que estaba junto a la pequeña mesa situada al lado de la puerta trasera y, tras apartar alguna que otra herramienta de jardinería, etiquetas y trozos de cuerda, apoyó con cuidado la taza en la esquina de la mesa y colocó la silla de manera que no se tambalease debido a las irregularidades del suelo.

El jardín de Jenni era minúsculo, el tamaño normal para una ciudad. Tenía una zona pavimentada junto a la casa y un pequeño rectángulo de césped con el espacio justo y necesario para un cobertizo encajonado en la esquina más alejada. Las flores bordeaban las vallas en ambos extremos del pequeño espacio. Jenni tenía la suerte de vivir en un bajo con jardín y de tener más pisos adosados al lado porque, cuando brotaban las hojas, los árboles y arbustos que la rodeaban le permitían tener su propio refugio privado, oculto a las miradas de las ventanas del resto de las casas vecinas y del bloque de pisos que daban a su terreno.

En aquel momento, el jardín no prometía demasiado, pero la primavera estaba a la vuelta de la esquina y las señales eran evidentes: las hojas nuevas, de color rojo cobrizo, empezaban a brotar del viejo rosal; los brotes de los tulípanes abrían su paso por la tierra helada, y las flores iban cubriendo el cerzo de la casa de al lado.

A Jenni le encantaba su jardín. La había salvado cuando su exnovio, Alex, la dejó. Y Oscar también, por supuesto. Había leído en alguna parte que cultivar un jardín era cultivar esperanza; esperanza en el futuro, en que la vida seguiría adelante, en que estarías ahí para ver cuando todo empezase a florecer. Y, para ella, aquello había resultado cierto.

Después de que él se marchase y se quedase sola en ese bajo en el que se suponía que iban a vivir los dos, el cavar, podar y sembrar le habían permitido, literalmente, echar raíces y hacer de ese piso un lugar habitable y no tan solo cuatro paredes como un recuerdo constante de su fracaso.

Allí, disfrutando de la ligera brisa, escuchaba cómo la calle empezaba a cobrar vida. En la casa de al lado ya estaban despiertos, pues se podía oír el ruido de las ventanas al abrirse y el de una radio puesta con el volumen muy bajo; en la del otro lado, se escuchaba a Jo y Nick sacando las bicis para dar una

vuelta. Él era un apasionado del ciclismo y, a pesar de que Jo decía que ella también disfrutaba las salidas de ochenta y pico kilómetros hasta Kent todos los fines de semana, Jenni no terminaba de creérselo.

Dejando escapar un suspiro de satisfacción, se recostó en la silla, agradecida de no tener que acompañar a Alex al parque para ir a correr, como siempre se empeñaba en hacer cada sábado nada más levantarse. Mientras tanto, empezó a examinar el jardín: tenía que podar la hiedra que trepaba por la valla y quitar algunos hierbajos. Pensó en probar a separar los geranios perennes, ya que Monty Don lo había hecho parecer facilísimo en su programa. Prefirió no darle demasiadas vueltas al hecho de que sus viernes por la noche consistiesen en sentarse en el sofá a ver *Gardener's World*.

A fin de cuentas, como decía su madre, las plantas tenían dos opciones: vivir o morir. Era una visión tajante, especialmente con todo el debate de la naturaleza frente a la crianza, pero, teniendo en cuenta que el jardín de su madre era espectacular, su filosofía parecía resultar, al menos con las plantas.

Sin embargo, por ahora Jenni se conformaba con disfrutar de la tranquilidad. Al principio, pasar los fines de semana sola le había resultado duro, pero ahora ya estaba acostumbrada a llenar esos dos días vacíos con actividades que la hacían feliz, aunque a veces le siguiera resultando complicado.

Esa tarde iba a quedar con su amiga Amy, pero, aparte de eso y de darse una vuelta por el mercadillo para echar un vistazo a los puestos antes de volver a casa, no tenía más planes.

De pronto se oyó un golpe procedente de la gatera y, junto a ella, apareció Oscar relamiéndose. El pelo negro en forma circular que tenía alrededor del ojo derecho le daba un aire un tanto pirata.

—Vaya, así que la gatera solo se usa cuando quieres salir, ¿eh?  
—le dijo mientras Oscar se subía de un salto a la mesa que esta-

ba a su lado. Jenni le acarició las rayas grises y negras mientras él ronroneaba y se restregaba contra su mano—. Pero qué mimoso eres, Oscar. —Jenni le acarició debajo de la barbilla una última vez y se colocó un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja antes de levantarse—. A ver, ¿dónde tengo las tijeras de podar? Tengo que arreglar esa hiedra, que se ha despendolado y ya está empezando a tapar la ventana del cobertizo.

Oscar se estiró al sol y se tumbó con cuidado sobre las tijeras que Jenni necesitaba mientras observaba, con un ojo entrecubierto, cómo ella buscaba el objeto perdido sobre el que él se había acomodado para echarse una cabezadita.

—Aquí tienes: un repugnante *gin-tonic* con pepino para ti y uno doble con una rodaja de limón de toda la vida para mí —dijo Amy posando las dos copas sobre la mesa y apartándose el cabello rubio—. Vale, cuéntame qué es de tu vida.

Jenni dio un sorbo largo a su bebida.

Su visita al mercadillo había sido bastante fructífera porque se había hecho con un poco de hierba gatera para darle un capricho a Oscar. Seguro que se revolcaría sobre ella, encantado de la vida.

—Luego cogí una bolsa grande de palomitas en ese puesto que tanto nos gusta y volví a casa. Ah, también fui a echar un vistazo rápido a Grace & Favour, pero lo pensé mejor y la verdad es que no necesito más cojines.

—Qué autocontrol tan impresionante. Bien hecho —respondió Amy—. Me encantaría darme una vuelta por el mercadillo, pero, por desgracia, no es que resulte demasiado fácil con un niño pequeño.

—No, sobre todo si el niño en cuestión es George —apuntó Jenni. Aunque le tenía mucho cariño al peque de su amiga, debía admitir que recorrer sitios llenos de cosas frágiles con él a cuestas era de todo menos tranquilo—. Todavía estoy trau-

matizada por la vez que fuimos a esa cafetería. No sé cómo se las apañó para llegar hasta la porcelana de la estantería.

—No volvemos allí ni locos. Ahora pasamos de largo a toda prisa, muertos de vergüenza. Qué mal lo pasé.

Esa tarde decidieron sentarse en el rincón de la derecha del *pub*, en una zona más apartada, pero habían tenido que moverse pues la música atronadora del altavoz que tenían encima no les permitía escucharse. Ahora estaban en una mesa del fondo, no muy lejos de la barra. El Dog & Duck era uno de sus *pubs* favoritos porque quedaba a diez minutos andando de casa de Jenni y estaba cerca de la estación, lo que también le facilitaba el viaje a Amy. El fondo del local tenía una iluminación tenue, con pequeñas velas sobre las mesas de madera desnuda a las que acompañaban diferentes tipos de sillas del mismo material. Las paredes azul marino decoradas con platos *vintage* de colores vivos y fotografías antiguas, creaban una atmósfera muy acogedora que, junto con la amabilidad del personal, les permitía charlar tranquilamente sin sentirse presionadas.

—¿Qué habéis hecho hoy? —preguntó Jenni mientras cogía las cartas y le pasaba una a Amy.

—Hemos pasado el día en el parque de bolas. Un infierno. Pensar en esta copa es lo único que me ha dado fuerzas para sobrevivir. Eso y la alegría de no tener que ocuparme de bañarlo y acostarlo.

—Simon se encarga de él hoy, ¿no?

—Sí, y puedo dormir hasta tarde porque también se va a encargar de él por la mañana; de ahí el *gin-tonic* doble. En fin, vamos a echar un vistazo a la carta para ver qué pedimos.

Jenni se decidió por el *risotto*, un plato que nunca le apetecía cocinar en casa, mientras que Amy optó por uno de *fish and chips*. El camarero, Thomas, les tomó nota y volvió corriendo a la cocina antes de salir disparado a atender a otro grupo que se había sentado en la mesa de al lado.

–¿Y qué tal el trabajo? ¿Cómo te va en Go Big? – preguntó Amy.

Ambas trabajaban en una empresa especializada en ropa de montaña de alta gama. Las dos estaban en el Departamento de Marketing y habían congeniado gracias a una campaña especialmente complicada en la que tenían que lanzar una colección de material de senderismo. Las palabras «tejido impermeable» todavía les hacían reír a carcajadas, aunque ya hubiesen pasado tres años.

Amy estaba de baja por maternidad, pues la pequeña Tilly se había incorporado a la familia como hermana menor de George.

–Pues Clive está en modo insufrible otra vez. Está empeñado con que hay que superar a Patagonia y se ha puesto de golpe en plan ético porque cree que debemos ser también una empresa B Corp. Admiro su intención, pero parece que no entiende que ser ecológicos no es tan fácil como poner «material sostenible» en las etiquetas, ni que la economía circular y la ropa de ciclismo son mundos aparte. Está siendo agotador.

Amy puso los ojos en blanco en señal de complicidad.

–¿Y qué hay de Susan? ¿Cómo está?

–Bien, pero hasta ella se frustra con esta situación, y eso que nunca sabes qué se le está pasando por la cabeza.

Susan era la nueva directora general y la habían contratado para controlar a Clive. Era una tarea ingrata, pero parecía más que capaz de afrontarla, aunque, en esta ocasión, el tener que explicarle a Clive lo que suponía ir de ecológicos la obligó a marcharse a casa a descansar un rato.

Jenni siguió poniendo al día a Amy de todo lo que estaba ocurriendo en el trabajo: quién estaba enviando correos pasivo-agresivos a quién, cómo Ryan había entrado en cólera por la intensidad del café y ahora nadie se atrevía a rellenar la máquina, y cómo Aisha, la nueva becaria, seguía en estado

de *shock* tras ver a Clive probarse la camiseta y las mallas térmicas que le quedaban muy, muy ajustadas.

Ambas coincidieron en que Aisha tenía suficientes razones de peso para emprender algún tipo de acción legal, puesto que nadie tenía por qué ver a Clive enfundado de arriba abajo en una fina capa de lana merino de triple hebra. Por suerte, Sandra, la de Recursos Humanos, acudió al rescate y les evitó una demanda de las caras.

—Ah, y la otra gran noticia es que estamos organizando una macrosesión de fotos en una pista de nieve cubierta para crear unas imágenes espectaculares de la nueva colección de esquí. Yo me estoy encargando de coordinarlo todo y va a ser una locura. Ojalá estuvieras para ayudarme. Necesito encontrar cinco *influencers* conocidas para la sesión, y ¡me está quitando el sueño!

Jenni tomó un sorbo de su bebida.

—¡Seguro que lo haces genial! —la animó Amy—. Siempre que empiezas este tipo de proyectos parece que es un caos absoluto, pero, al final, todo acaba saliendo bien.

—Mmm.

Jenni tenía dudas, pero el voto de confianza de su amiga le proporcionó algo de consuelo.

—Yo te puedo echar un cable. Cuando me toque la toma de las dos de la mañana, me pongo a buscar y, si veo a alguien que encaje para colaborar con la marca, te lo paso.

—Gracias, me vendría genial. Hay tanto que hacer que ni siquiera he tenido tiempo de mirar todo en condiciones. Pero tiene que ser una campaña auténtica, no quiero a la gente de siempre. En fin, tú ya lo sabes de sobra, así que avísame si encuentras a alguien.

En ese momento, Thomas apareció con la comida. Tras dejar los platos, fue a por los cubiertos y, al poco, los trajo en un pequeño tiesto de barro junto con servilletas de papel y condi-

mentos varios. Luego se dirigió a la barra a por otra ronda de bebidas. Ya con los *gin-tonics* en la mesa, las amigas empezaron a hincarle el diente a la comida.

A Jenni le encantaban esas salidas con Amy. Era de esas amigas con las que podía dejarse llevar y ser ella misma, sin necesidad de aparentar nada. Aunque estaban en etapas vitales diferentes –Amy casada con dos hijos, y ella soltera y aún intentando recuperarse de su ruptura con Alex–, no existía ninguna rivalidad entre ellas y Amy nunca hacía sentir mal a Jenni por estar sola, como sí lo hacían, de forma no intencionada, algunas de sus otras amigas. Después de quedar con Amy, Jenni nunca volvía a casa sintiéndose sola y siempre disfrutaba mucho escuchando historias sobre George, y ahora también de Tilly, y compartiendo con Amy tanto la ilusión como, en ocasiones, el cansancio de la vida con niños pequeños.

–Ay, esto está buenísimo –dijo Amy tomando un bocado–. Toma, prueba una patata, aquí hay de sobra.

Jenni cogió una y la mojó en su *risotto*; total, no hay nada de malo en mezclar carbohidratos.

–¿Qué planes tienes para mañana? –le preguntó Amy.

Justo cuando Jenni, a punto de terminar de tragar, iba a contestar, el camarero, que se había acercado para asegurarse de que todo estaba en orden, la interrumpió. Todos los trabajadores hacían siempre lo mismo, como si lo tuviesen ensayado: aparecer justo en el momento en que ambas tenían la boca llena, de modo que solo podían asentir con entusiasmo, esperando que el gesto fuese suficiente para expresar su aprobación.

–No me gusta que hagan eso –comentó Jenni cuando pudo hablar tras haber tragado.

–Ya ves. Seguro que lo hacen aposta para que no podamos quejarnos de nada. Es un fastidio. En fin, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ¿qué planes tienes para mañana?

–Bueno, la verdad es que quería meterme en el cobertizo a

poner un poco de orden. Voy a intentar teñir unas bolsas con la técnica del *tie-dye*. Por cierto, ahora que me acuerdo, te he traído algo para Tilly. –Jenni le dio a Amy el regalo, envuelto en un pañuelo–. Tenía unos tintes naturales preciosos, así que los probé en unos pijamas y pensé que Tilly podía ser mi conejillo de indias. Si el color aguanta, igual hago más, a ver si puedo venderlos en la feria de artesanía del 1 de mayo.

–Ay, pues es buena idea. Ya te contaré, pero estoy segura de que te ha quedado perfecto. A George le encanta su pijama.

Jenni había estudiado diseño textil en la universidad, así que soñaba con ganarse la vida confeccionando ropa, pero la realidad de encontrar trabajo en la industria de la moda pronto truncó sus esperanzas y se sintió agradecida de haber conseguido un puesto de *marketing* en la empresa emergente de Clive, Go Big. Aunque vender ropa que no había hecho ella y, encima, de deporte, cuando le costaba hasta ir a una clase de yoga, no era exactamente lo que se había imaginado.

Siempre le había encantado coser y hacer sus propios proyectos, pero el pequeño bajo de un dormitorio –y que Alex se empeñara en usar el cobertizo solo para cosas prácticas, como guardar el cortacésped– le impedía disponer de espacio para experimentar con sus diseños. Una mañana, un mes después de que él se marchara definitivamente, decidió que el cobertizo era suyo y que iba a usarlo. Donó el cortacésped para que alguien le diera uso –el presentador Monty Don decía que ahora había que dejar crecer el césped, así que ya no hacía falta–, le regaló la bici vieja de Alex a Nick, el vecino de al lado, para que pudiese aprovechar las piezas, y convirtió la mesa plegable en su zona de trabajo. Gracias a haber recuperado ese espacio, Jenni había podido pasar una infinidad de horas en el cobertizo, feliz de llevar a cabo su pasión: teñir ropa con la técnica del *tie-dye*. Como había tenido algún que otro incidente desafortunado con los colores, que le llevó a resultados más

dignos de *hippie* andrajoso que de *hippie* estiloso, aprendió a usar combinaciones menos potentes. Además, Amy, que misteriosamente siempre sabía antes que nadie lo que se iba a llevar en, al menos, los próximos seis meses, había declarado que las creaciones de Jenni eran un éxito rotundo y la había animado a adentrarse en el mundo de la ropa de bebé.

–¿Qué más estás pensando en vender? –quiso saber Amy, comiéndose la última patata y dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

–Igual algunas camisetas. También estoy pensando en calcetines, son bastante fáciles de teñir y tienen un margen considerable –explicó Jenni tomando el último bocado de *risotto*.

–¿Y qué te parece imprimir algunas tarjetas de visita para que las vayas repartiendo? –le sugirió Amy–. ¿Ya tienes en marcha la web?

–Todavía no. La verdad es que vendo principalmente por Instagram, pero es una buena idea. Me han hecho ya varios pedidos para regalar.

–Suena bien. ¿Postre?

Jenni, por un momento aturdida porque en su cabeza había aparecido la imagen de un postre teñido con la técnica del *tie-dye*, negó con la cabeza.

–Ah. Mmm. No, gracias. ¿Y tú?

–Estoy llena –respondió Amy negando con la cabeza. A continuación, echó un vistazo al reloj que estaba colgado en la zona de la barra–. De hecho, creo que es mejor que me vaya. Sé que aún es demasiado temprano, pero tengo que levantarme por la noche y no quiero llegar muy tarde a casa.

Una vez avisaron al camarero, pagaron la cuenta, cogieron sus abrigos y localizaron la bufanda de rayas rosas y verdes de Jenni en una silla próxima, esta acompañó a Amy a la estación y luego continuó su corto paseo hasta su casa.

Si bien las tardes ya eran más largas, el aire era aún fresco.

Puesto que era sábado por la tarde, la calle principal estaba abarrotada de personas que, o bien regresaban a casa o bien acababan de empezar la noche. La gente salía de los *pubs* entre risas y charlas animadas, dándoles tragos a las pintas de cerveza y haciendo equilibrio con las copas de vino que llevaban en la mano. El *pub* La Victoria siempre estaba a tope, por eso ella y Amy se habían decantado por el Dog & Duck, que se encontraba un poco más arriba en esa misma calle y era el preferido por los vecinos, ya que siempre había sitio y se podía hablar tranquilamente.

Después de quedarse esperando en el paso de cebra a que algún coche se detuviera, continuó por la calle y dejó atrás la panadería orgánica, la tienda del barrio –cara, pero con productos excelentes–, la cafetería vegana de Rosie y la carnicería, nada vegana, donde todos los sábados por la mañana se formaba una cola que daba la vuelta a la esquina. Todos aquellos elementos habían transformado su barrio en una de esas zonas de Londres donde los vecinos viven con la confianza propia de un pueblo. Sin embargo, Jenni, que había crecido en una pequeña comunidad rural, sabía que esa calle principal llena de vida, gente y bullicio no se parecía en absoluto a un pueblo; aunque, a pesar de ello, le encantaba vivir allí porque sentía que contaba con la libertad de elegir su propio círculo y su ambiente sin que se lo impusiesen.

Jenni se acordó justo a tiempo de que se le había terminado el pienso, así que paró a comprarlo en la tienda de Barry, el ultramarinos del barrio que estaba abierto las veinticuatro horas del día.

Algo curioso de la tienda es que los dos trabajadores se llamaban Barry: el Barry sonriente era amable y le encantaba hablar, mientras que el Barry gruñón saludaba a los clientes con mala cara, y eso sí tenían suerte.

Afortunadamente, aquella tarde se encontraba el Barry sonriente.

Una vez compró el pienso, Jenni continuó caminando por la calle mientras se entretenía vislumbrando por las ventanas de aquellas casas en las que se hubiesen dejado las cortinas o las persianas abiertas los pequeños instantes de la vida cotidiana de la gente, y maravillándose de cómo, aunque las casas adosadas eran idénticas en diseño y distribución, cada una tenía su propio carácter. Unos habían decidido tirar una pared por aquí y añadido una puerta por allá; otros habían escogido una pintura de tonos más neutros, como crema o blanco, mientras que algunos habían optado por colores más atrevidos, como magenta, morado e incluso un verde de un tono que, más que tirando a esmeralda, a Jenni le recordaba a Shrek.

Cuando giró en Copestone Road ya casi estaba llegando a casa. Pensar en su bajo le provocaba un sabor agrídulce: sabía que era muy afortunada de ser propietaria en una ciudad como Londres, pero era consciente de que aquello había tenido un precio. Aunque su padre había querido que usase el dinero que le había dejado para comprar la parte de Alex y asegurarse un futuro estable, a Jenni le daba pena que no estuviera con ella para verlo.

Tras rebuscar en su bolso para encontrar la llave, que, como siempre, estaba bien escondida en las profundidades, abrió la puerta y se adentró en el portal. Su vecino de arriba se encontraba en casa, como se podía deducir por el volumen de la televisión, que siempre ponía a todo trapo.

Por encima del sonido de las risas enlatadas, Jenni oyó un fuerte maullido.

Oscar tenía hambre, no cabía duda.

Tras abrir la puerta y encender la luz de golpe, vio sentado encima de la alfombra a su gato, que la miraba con una actitud de «¿Qué horas te crees que son estas?».

Jenni se encogió de hombros, se quitó el abrigo y la bufanda y los colgó en el perchero del recibidor antes de cerrar la puerta y dirigirse hacia la cocina, con Oscar serpenteando impaciente entre sus piernas.

–Lo siento, Oscar. Mira, te he traído comida. Deja que me quite los zapatos y te echo un poco.

Al oír el ruido del pienso, Oscar se dejó caer de espaldas de forma dramática y alzó las patas ronroneando. Evidentemente, estaba todo más que perdonado y el servicio habitual se había reanudado.

Jenni se reía mientras le echaba la comida en el cuenco y miraba a Oscar, que había dado un salto para llegar a su cena. Aprovechando que él comía, ella recogió su taza del escurridor y llenó el hervidor.

Tenía pensado tomarse un té de hierbas y ver algo en la tele –quizá lo mismo que estaba viendo su vecino de arriba– antes de acostarse.

La gatera se cerró de golpe, lo que anunciaba la salida de Oscar, que había dejado a Jenni sola en la cocina. Con la taza caliente entre las manos, trató de no pensar en Amy que volvía a casa con su familia ni en Nick y Jo en el piso de al lado viendo la televisión juntos. Sabía que tenía amigos y que vería a otra gente en el trabajo, pero a veces le resultaba agotador ignorar la soledad. Así no es cómo había imaginado su vida al borde de los cuarenta.

Jenni, decidida a no pensar en el resto del fin de semana que tenía por delante, apagó la luz de la cocina y se refugió en Netflix para evadirse.

## Capítulo 2

Ben cerró la puerta de casa y echó un vistazo al móvil: llegaba tarde. Por suerte, el parque de bomberos de Pelham se encontraba a solo quince minutos a pie de su casa, así que, si caminaba rápido, llegaría a tiempo.

La gente siempre asumía que trabajar de noche era difícil, pero a Ben, que ya estaba acostumbrado a tener que ajustar su reloj biológico según le tocase turno de día o de noche, le gustaba la sensación de empezar su día justo cuando el de los demás ya estaba a punto de terminar.

Esa misma mañana, al llegar a casa, desayunó y se obligó a ir a la cama. Siempre le resultaba tentador quedarse despierto, pero la experiencia le había enseñado que debía irse a dormir en ese momento para evitar tener que echar la siesta por la tarde y despertarse atontado y de mal humor. Todos los que trabajaban en el servicio de bomberos acababan averiguando, al cabo de un tiempo, lo que mejor les funcionaba para adaptarse a los turnos; y lo que mejor le venía a Ben era, sin lugar a duda, irse a dormir en cuanto llegase a casa.

Lo peor era el ruido: intentar dormir cuando todo el mundo estaba ya despierto y de aquí para allá era una tortura. Antes, le sacaba de quicio oír a sus compañeros de piso dando golpes, a los vecinos dando portazos y a la gente en la calle pegando gritos. En el fondo, sabía que no lo hacían a propósito, pero cuando estás agotado, lo sientes de esa manera.

Por suerte, ahora vivía en un piso construido especialmente para el personal de servicios públicos que trabajan a turnos,

así que todos sus vecinos eran conscientes de lo que significaba tener horarios imposibles y eran muy considerados. En cambio, los obreros que estaban trabajando en la casa de al lado no lo eran tanto.

Llevaba dos años viviendo en su pequeño bajo, pero aparte del televisor enorme y la Xbox, no había hecho mayor esfuerzo por decorarlo. Las paredes, de un blanco crudo, seguían vacías; las pocas baldas apenas tenían algún que otro libro, y la planta que su hermana le había regalado en un intento de «alegrar un poco la casa» languidecía en el alféizar de la ventana. El bajo era lo que era: un sitio donde ir a dormir y guardar sus cosas.

No sentía que fuese su hogar.

A veces, cuando contemplaba su salón, iluminado solo por la luz de la televisión, le asaltaba, fugazmente, la imagen de otro piso, de otra vida: el cálido resplandor de una lámpara, cojines, fotos enmarcadas sobre la repisa de la chimenea, un jarrón con flores en la mesa de centro. Esos pequeños toques que le daban vida al hogar. Pero aquellos detalles —y la persona que se había preocupado por ellos— ya no estaban, así que se había prometido no volver a encariñarse con nada igual.

Después de haber conseguido dormir sus siete horas, Ben se despertó a las cinco, lo que le dejaba tiempo para poner lavadoras, ocuparse de alguna que otra tarea urgente, cenar y echarse una partida rápida antes de volver al trabajo.

Incluso después de llevar cinco años en su trabajo, todavía sentía una chispa de emoción al adentrarse en la noche sin tener la menor idea de lo que le depararía la oscuridad: una guardia tranquila haciendo papeleo y manteniéndose a la espera, o una emergencia que les haría lanzarse corriendo hacia el camión con el ruido de la sirena y las luces azules atravesando la ciudad, que era precisamente lo que le producía esa adrenalina que lo impulsaba a querer ir al trabajo.

Aunque le dolía ver los daños causados –ya fuese en personas o en edificios–, tenía que reconocer que una noche con mayor movimiento se pasaba más rápido que una calmada, y, por supuesto, esa sensación de haber salvado algo o a alguien era un sentimiento que a todos les gustaba. Eso era lo que hacía que el trabajo mereciera la pena.

En cuanto giró a la derecha para dejar atrás su calle, Ben avanzó a paso rápido por las zonas que tan bien conocía en dirección a Camberwick Road, donde se encontraba el parque de bomberos.

Las enormes puertas rojas estaban abiertas de par en par y dejaban ver los tres camiones aparcados en el interior. El patio estaba vacío y las líneas amarillas en zigzag que se extendían hasta la calzada advertían a peatones y coches de que se mantuvieran alejados y extremaran la precaución.

Taz y Vick ya estaban allí, haciendo el cambio de turno.

–Oye, Ben, ¿cómo es que ahora que vives más cerca siempre llegas tarde? –gritó Taz al verle llegar.

–Ya lo sé. Y ni siquiera puedo usar la excusa de haber pillado un atasco –respondió Ben sonriendo.

–Lo que necesitas es tener hijos pequeños, que ya verías cómo saldrías de casa en un periquete –dijo Vick.

–¿Has tenido un día movidito con los críos? –preguntó Ben.

Vick tenía dos hijos pequeños, con lo que estaba mucho más ocupada que él, aunque su marido, Dale, también bombero, se cogía los turnos opuestos para que pudiesen compaginar el cuidado de los niños.

A menudo bromeaba diciendo que apagar incendios era más fácil que lidiar con sus hijos.

–Sí, Max pilló un resfriado y no pudo ir a la guardería, así que se ha tenido que quedar en casa conmigo. Dale lo convenció para que se echase una siesta después de comer, gracias a Dios, así que he podido dormir un poco.

–Si no hacemos mucho ruido, siempre puedes echarte una cabezadita más tarde –añadió Taz.

El parque de bomberos tenía habitaciones, lo que les permitía descansar mientras estaban de guardia, para gran envidia y burla de sus compañeros policías, que no contaban con nada parecido.

Justo en ese instante apareció el jefe de servicio y el resto del equipo de Ben se apresuró a formarse en fila, preparados para el pase de revista.

Ben se apresuró, lanzó su mochila en la taquilla maltrecha y volvió rápido para colocarse junto a Vick.

–Siempre llegas por los pelos –le susurró ella tan solo moviendo la comisura de la boca.

Con el corazón acelerado tras la carrera que se tuvo que dar desde la sala común, Ben se prometió a sí mismo empezar a salir más temprano de casa.

## Capítulo 3

Jenni recogió el portátil, la libreta y su bolígrafo favorito y se dirigió a la zona diáfana de la oficina a la que todos llamaban de broma «la arena», donde se celebraba la reunión «Los lunes de logros». Clive, su jefe, estaba obsesionado con las aliteraciones, en lo que a nombrar reuniones se refería. De hecho, Jenni estaba segura de que Clive las convocaba solo porque se le había ocurrido un juego de palabras, como aquella a la que llamó «Viernes que te quiero viernes».

La sede de Go Big se había diseñado para fomentar «la colaboración, el diálogo y los encuentros creativos», así que, al fondo de la oficina, en una zona apartada de los escritorios y de la cocina para el personal, se alzaba una estructura semi-circular con gradas, como un pequeño anfiteatro romano.

La idea era que, al ser algo tan diferente a la habitual mesa de reuniones, los trabajadores pudiesen dejar fluir su creatividad y sacar todo su potencial.

Personalmente, Jenni consideraba que la estructura de madera tenía el efecto contrario, porque la aterraba verse obligada a subir por esos escalones tan incómodos y permanecer sentada durante horas sobre una tabla de contrachapado.

Tras darle de comer a Oscar aquella mañana, Jenni salió disparada de casa para coger el bus que la llevaba al centro. Gracias a trabajar en una empresa donde estaba bien visto ir en zapatillas de deporte y vaqueros, pudo correr los últimos metros sin mayor esfuerzo y subirse al autobús antes de que arrancara.

Nada más salir de casa había empezado a llover con ganas, así que ya podía imaginarse la expresión de indignación de Oscar en cuanto pusiese una pata fuera. El día anterior, que también estuvo pasado por agua, se quedaron en casa el día entero, por lo que Jenni aprovechó para pintar el baño de un color amarillo cálido que llevaba mucho tiempo visualizando mientras Oscar estaba acurrucado en el sofá, ignorándola.

El gato seguía cabreado con ella por haberle arrebatado a Elsa, lo que le recordó, mientras recorría el pasillo, que tenía que enviar un mensaje al grupo de WhatsApp de la comunidad para ver si alguien había perdido una figurita de Frozen, otro de los «regalos» que Oscar le dejaba en la cocina.

–Bien, venid aquí todos. Vamos a empezar la reunión.

Cuando Jenni llegó a la arena y se subió para sentarse, Clive ya estaba todo lanzado. Hoy su estimado líder llevaba puesto el prototipo de ropa de ciclismo y se paseaba en pantalones cortos de licra y una camiseta de manga corta con una cremallera hasta la mitad del pecho. Una simple ojeada le bastó para confirmar que el equipo de diseño se había tomado muy en serio el aspecto aerodinámico del proyecto, porque lo que llevaba Clive estaba tan apretado que rozaba lo indecente.

Jenni, intentando prometerse a sí misma que no miraría a su jefe por debajo del cuello –y esperando que el Departamento de Recursos Humanos estuviera alerta ante este tipo de incidentes capaces de dejar a una becaria en *shock*–, se mentalizó para lograr aguantar la risa en la siguiente media hora que le quedaba.

A continuación, como ya contaba con experiencia en tratar de aparentar interés durante las charlas de Clive, abrió el portátil para que nadie pudiese ver su libreta. De vez en cuando levantaba la vista y asentía, pensativa, en los momentos más oportunos; pero, en realidad, estaba haciendo una lista de materiales que necesitaba para preparar su puesto en la feria

del 1 de mayo, a la que se había apuntado hacía siglos en un arrebatado de euforia. Ahora, la fecha se iba acercando y había empezado a sentir pánico.

Clive se paseaba frenéticamente por el escenario mientras gesticulaba como un poseso y Jenni logró concentrarse en escucharlo hablar sobre la necesidad de que los «líderes empresariales» fuesen ágiles y tuviesen buenos reflejos. También dijo algo sobre pivotar.

Jenni pensó que quizá deberían plantearse sacar una línea deportiva para emprendedores, teniendo en cuenta la cantidad de actividad física que requería el ser uno de ellos.

Volvió a levantar la vista un momento para asentir, como dando a entender que la charla le resultaba interesante, y vio a Barney, del Departamento de Ventas, haciendo lo mismo que ella. Ambos pusieron los ojos en blanco de manera cómplice y Jenni volvió a su libreta. Tenía bastantes ganas de añadir algún detalle a las asas de la bolsa de tela que había teñido, así que pensó en hacerse con una de esas máquinas para fabricar pompones que había visto por internet.

Clive ya había echado el freno y por fin se quedó quieto, mirando a todo el mundo.

Por suerte, ya estaba llegando a su fin.

—Así que lo que quiero es ver todo ese excelente trabajo que estáis haciendo. Tenemos que asegurarnos de que la nueva línea de ropa de esquí se haga un hueco entre la gama alta del mercado y de que Go Big se consolide como una marca que todo el mundo quiera llevar. Jenni es la encargada de la sesión de fotos, y estamos deseando ver los resultados.

Jenni, sobresaltada por la interrupción mientras miraba su libreta, levantó la vista con rapidez y asintió con firmeza para tratar de transmitir un control absoluto sobre la sesión de fotos de ropa de esquí y así evitar a toda costa que Clive le pidiese un resumen de lo que había estado preparando.

Afortunadamente, Susan aprovechó la ocasión para informar sobre el funcionamiento interno: últimamente había escasez de café y animaba a todo el personal a usar menos cucharadas cada vez que rellenasen la máquina o a que, directamente, bebiesen té.

Jenni se percató de que Ryan, famoso por sus cafés solos bien intensos, estaba recibiendo miradas cargadas de odio, pero él, casi como si se tratara de un desafío, mantenía la vista fija al frente. Y, a juzgar por las miradas de apoyo que le echaba el resto del Departamento de Finanzas, parecía que la guerra del café no se iba a resolver tan fácilmente.

Una vez bajó de la tercera grada donde se había sentado, se dirigió a su escritorio, agradecida de poder moverse, pues el trasero se le había quedado dormido. Su mesa estaba en la Esfera uno o, como la llamaban entre ellos en confianza, «El tercer círculo del infierno», al que también pertenecían Tim, Lucy y, de momento Will, que cubría la baja de Amy. Tenían un gran escritorio circular –uno de los seis que había en esa zona– dividido en cuatro cuartos y separado con paneles de malla metálica que, supuestamente, daban mayor privacidad, pero, en realidad, les hacían sentir como en la cárcel.

A pesar del aire moderno e industrial y de la especie de arena de gladiadores, Jenni tenía que admitir que las oficinas de Go Big eran bastante elegantes y que, a diferencia de mucha gente que no quería volver a la oficina después de la pandemia, ella estaba contenta de ir tres veces por semana.

El cuarto de mesa que conformaba su escritorio daba a las grandes puertas correderas de vidrio que se abrían a la terraza de la azotea, desde donde pudo ver que la lluvia de antes había cesado y que los tenues rayos del sol se abrían paso entre las nubes. Detrás de Tim había unas estanterías llenas de libros, que separaban su zona del Departamento de Diseño y, más adelante, en el espacio diáfano, se situaba la cocina.

Jenni se dio cuenta de que uno de los del Departamento de Finanzas merodeaba por la entrada, seguramente para vigilar a Susan mientras Ryan le añadía esa cucharada extra al filtro del café. Al imaginarse la situación, decidió que quizá sería mejor esperar antes de ir a hacerse una taza de té.

Una vez volvió a conectar el portátil al monitor, escribió su contraseña y abrió el correo electrónico. Cuando por fin localizó lo que buscaba, cogió el teléfono y marcó el número del fotógrafo que quería contratar para hacer la sesión de fotos de la línea de ropa de esquí.

La mañana pasó volando mientras Jenni tachaba tareas de su lista de cosas pendientes: contratar al fotógrafo –hecho–, organizar los *castings* de modelos –hecho–, hablar con el estudio para coordinar la entrega de la ropa –hecho–. También recibió un correo de Amy con algunas ideas y nombres de *influencers*, así que se apuntó que tenía pendiente hablar con el Departamento de Comunicación.

Jenni sintió que le rugía el estómago y, al mirar el reloj, vio que ya pasaba de la una; definitivamente, hora de comer.

Recogió su abrigo y el bolso, y se puso de pie.

–¿Alguien quiere algo? –les preguntó a Tim y a Lucy, puesto que Will ya había desaparecido.

–Yo no, gracias –respondió Lucy–. Me he traído una sopa de tomate, tengo que ahorrar un poco.

–Yo voy contigo –le dijo Tim mientras se levantaba–. Yo también debería ahorrar, que la luna de miel me ha costado un pastizal, pero me da pereza tener que planear todo el tema de la comida.

Tim agarró su abrigo y metió la cartera en el bolsillo. Luego decidió coger también la bufanda.

–Vale, ya estoy listo.

–¿Y qué tal Portugal? –preguntó Jenni mientras bajaban las escaleras y salían del edificio hasta la calle llena de gente.

Tim se había casado hacía poco, y junto a su marido, Paul, había pasado la luna de miel en el Algarve.

—La verdad es que una pasada. Hizo un tiempo estupendo, perfecto para sentarse al lado de la piscina a leer un libro. Y el hotel era impresionante; teníamos nuestra propia villa en la zona baja y luego, en la zona alta, estaba el hotel con todas las instalaciones, con *spa* y restaurante. Hay que ver lo bien que sienta no hacer nada.

—Menuda pasada. ¡Y si conseguiste que Paul se relajase y se tomase un respiro, entonces ya es digno de aplauso!

Jenni había coincidido con Paul en varias ocasiones. Tim era tranquilo y jamás se agobiaba, ni siquiera cuando Clive lo bombardeaba con ideas y le exigía elaborar presentaciones para convencer a los clientes con un plazo de tiempo más que ajustado; Paul, por el contrario, era un torbellino, siempre con varios proyectos entre manos y revisando el móvil sin parar. Jenni suponía que era el ejemplo de que los polos opuestos se atraen, y, aunque Tim llegaba a la oficina quejándose de lo cansado que estaba y lo mucho que necesitaba un fin de semana tranquilo, no cabía duda de que habían dado con la fórmula para hacer que su relación funcionase.

—Pues el primer día aguantó una hora tumbado en la hamaca, pero, por suerte, había un montón de actividades, así que se iba a jugar al tenis, a hacer *windsurf* o lo que tocase ese día. Fue una maravilla. Yo acabé tomándome *gin-tonics* con todos los padres que habían dejado a los críos en el club infantil. Nos emborrachamos y lo pasamos de lujo.

Jenni se echó a reír al imaginarse a Paul eufórico volviendo de las actividades y contándole a Tim todo lo que había hecho, exactamente igual que los niños cuando cuentan orgullosos a sus padres lo que han hecho en los columpios o en el tobogán.

La calle estaba a rebosar, las aceras estaban llenas de gente y el tráfico avanzaba a paso de tortuga hasta el semáforo que

había al final de la carretera. Las losas del suelo presentaban un aspecto resbaladizo a causa de la lluvia que había caído por la mañana, pero el viento se había calmado y, si te resguardabas entre los altos edificios de ladrillo rojo, sentías casi un calor agradable.

–Yo estuve en Oporto una vez con Alex, pero de eso hace ya años –recordó Jenni con un tono de nostalgia–. Visitamos todas las bodegas. Fuimos solo un fin de semana largo, pero estuvo genial. Me encantaría volver.

–¿Y por qué no vuelves? –le preguntó Tim antes de detenerse en seco cuando el hombre que iba caminando delante de él se paró de golpe para mirar el móvil–. Estos turistas... –Tim hizo un chasquido con la lengua–. ¿Acaso no saben que las aceras de Londres son como autopistas? Si vas a ir despacio, ve por el carril de dentro, pegado a las tiendas –dijo alzando la voz y dirigiendo esa última frase al hombre que se había quedado bloqueando el paso.

Tras esquivar al hombre inmóvil, que tenía el ceño fruncido mientras miraba el mapa en la pantalla, Jenni y Tim siguieron caminando unos pocos metros más y giraron hacia una tienda de sándwiches.

Tim, que no era la primera vez que iba a comprar, se puso en la cola para pagar mientras Jenni cogía un sándwich de huevo y unas patatas de bolsa de sal y vinagre para ella, y uno de pollo y unas patatas clásicas para él. Después, una vez identificó a Tim cerca del mostrador gracias a la chaqueta de pana color azul oscuro que llevaba, se puso junto a él en la fila.

–Has llegado justo a tiempo –le dijo con una sonrisa, antes de pagar y salir de nuevo.

Al llegar a la oficina, se sentaron en la cocina a comer.

–Vale, ahora en serio, ¿por qué no te coges unas vacaciones? Hace siglos que no te tomas un respiro –insistió Tim siguiendo la conversación anterior.

Jenni terminó de masticar antes de contestarle.

–No tengo con quién ir. Ya sé que no debería limitarme y que debería ser independiente y animarme a ir sola, pero no me apetece. Y, además, tengo a Oscar. ¿Quién va a cuidar de él si yo me largo una semana?

–Pensaba que tus vecinos se encargaban de darle de comer cuando te íbas.

Tim se comió su última patata y luego, como de costumbre, alisó el paquete de forma meticulosa y lo fue doblando con cuidado hasta formar un triángulo perfecto. Jenni, como siempre, le preguntó para qué hacía eso, y él insistía en que era porque así quedaba más ordenado, a lo que ella contestaba que era un claro signo de psicopatía.

–Jo y Nick son muy majos y le dan de comer si me voy un fin de semana. Si ellos tuviesen mascota, podría devolverles el favor, pero como no tienen, me parece de tener un poco de morro pedirles que le den de comer durante una semana entera. –Jenni se sacudió las migas que le habían caído en el regazo– Supongo que podría ofrecerme a lavarles las bicis o darles algo a cambio –propuso, pensativa.

–Mmm, yo creo que es solo una excusa –replicó Tim–. Podrías venirte con Paul y conmigo la próxima vez que hagamos un viaje. Podríamos ir a algún sitio con playa o a algún lugar donde haga calor.

–Muy considerado por tu parte, pero creo que los compañeros de trabajo nunca deberían verse en bañador –respondió Jenni–. Además, ¿no sería rarísimo? Tú, tu marido y yo... ¡me sentiría como una sujetavelas!

–Sí, sería un poco raro, pero si no has pensado en salir con nadie, tienes que empezar a hacer cosas como irte de vacaciones sola. Si no, terminarás siendo la loca de los gatos que vive con su hijo peludo.

–Oye, lo de loca, si no te importa, sobra.

Tim hizo una mueca.

–Oh, oh. Ahí viene Ryan. Y Susan. Vámonos rápido, antes de que acabemos en medio de esta guerra.

Ambos recogieron el envoltorio de los sándwiches y las bolsas de patatas y salieron de la cocina. Jenni echó la mirada hacia atrás y vio que Susan estaba allí haciéndose la distraída junto a la cafetera, mientras Ryan, plantado junto al fregadero, le dedicaba una mirada amenazante esperando a ver si hacía algún movimiento.

Jenni alcanzó a Tim y se puso a su lado.

–Además, a final de mes me voy a Somerset, que ahora está muy de moda y lleno de gente del mundillo de las redes. Muy glamuroso todo.

Tim se detuvo y la miró.

–Cariño, volver a casa de tu madre no es precisamente una escapada de lujo en The Newt.

Después reanudó la marcha a paso rápido por el pasillo, y Jenni, a sus espaldas, le sacó la lengua, porque sabía que no podía llevarle la contraria.